



EL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE SALAS.

Este monasterio, titulado de Nuestra Señora de Salas, y llamado también de la Virgen de Huerta, está situado como á un cuarto de legua de la ciudad de Huesca, y es uno de los templos mas antiguos y venerados de la provincia; y el obispo al mitrarse toma el título de abad de dicho monasterio.

Nada se sabe acerca de su primitiva fundación; pero consta que ya existía en el año 1200, y hasta la presente ha sufrido varias alteraciones; lo único que se conserva del antiguo es la fachada y la torre, que parece pertenecer al orden bizantino; el atrio y galería de la izquierda son obra del siglo XVI, y el interior y nave de la iglesia se construyó el año 1722; hubo en él monjes, y en la actualidad solo celebran algun día festivo, y está á cargo de un santero que lo guarda.

Todo esto consta en la historia que escribió el padre fray Ramon de Huesca.

ROSALIA.

I.

Al declinar de una hermosa tarde volvía yo de mi acostumbrado paseo en dirección á P..., pequeño pueblo de la provincia de Madrid, donde he pasado una temporada del último otoño, y ya descubría su humilde campanario, en cuyo redor se cernían algunos rápidos vientos, cuando en un barranco que corre á lo largo de la senda por donde marchaba, vi como hasta unos diez ó doce cerdos que se revolcaban en su suelo cenagoso, y juzgando que alguien debía cuidar de esta pira, miré en torno mio, quedándome no poco admirado al ver en una pequeña colina, que se eleva al lado de dicho barranco, á la persona que buscaba.

Era una jóven, ó mejor dicho, una niña, pues parecía rayar apenas en los quince años, y acaso no hubiera escitado mi atención á no haberme sorprendido desde luego la elegante esbeltez de su talle, que de pié como estaba sobre aquella eminencia, se dibujaba airoso y flexible entre el oscuro azul del cielo y el verde esmeralda de la pradera, cuya circunstancia me hizo detener el rocín en que cabalgaba para mirar con mas cuidado á aquella niña, en la cual noté cada vez nuevas bellezas á pesar de los harapos que la cubrían.

Llevaba la cabeza descubierta, y aunque sus negros cabellos peinados con bastante descuido caían desordenados sobre su frente, creo que no he visto nunca un rostro tan expresivo y de un perfil mas suave y encantador. Su tez, que debia haber sido muy blanca, curtida por la acción del aire y del sol, había tomado un color indefinible, parecido en cierto modo al del oro oxidado, y este reflejo oscuro hacia resaltar mas y mas el brillo de sus ojos negros, sombreados por largas pestañas, aunque un poco redondos y quizá mas bellos por esta circunstancia, pues hacían parecer mas profunda la llama diamantina que los animaba, y mas penetrante la espresion dulce y resignada que se leía en ellos. A primera vista su fisonomía parecia animada y risueña; pero luego, observando el enflaquecimiento de sus mejillas, acompañado de una rubicundez casi pulverulenta, permitáseme esta frase, la descoloración de sus labios y el cerco violado que rodeaba sus ojos, se adivinaba en ella la huella de los disgustos, de las enfermedades ó de las privaciones, aunque un observador indiferente achacaria mas bien á estas últimas la tristeza que nublaba aquel rostro infantil, atendiendo al raído traje que vestía la pobre porquera, y al miserable oficio á que estaba destinada.

Un corpiño de percal azul ceñía su cuerpo delicado y feble, marcando los contornos de aquel talle que tanto me había admirado, y una corta falda de estameña morada, llena de remiendos de otros co-

30 DE ENERO DE 1853.

lores, descubría á la menor ondulacion el principio de sus piernas, de formas perfectas y juveniles, y cuya láctea blancura contrastaba extraordinariamente con el color oscuro de sus cortidos piés, pequeños en sumo grado, no obstante de que los llevaba desnudos.

Todas estas observaciones las hice durante un momento, en que distraída la jóven, miraba al suelo golpeándole con la larga vara que tenía en la mano, que sin duda la servía para guiar á los animales que estaban á su cuidado; mas luego notando que reparó en mí algo sorprendida, proseguí mi camino no sin volver la cabeza muchas veces para mirarla. Antes de llegar al pueblo me alcanzó un labrador vecino mío, y no pude menos de hacerle algunas preguntas relativas á la porquera, aunque sin manifestar toda la sorpresa é interés que me habia causado.

—Esa muchacha, me dijo, recogida en un camino por el tío Simón, que ha sido muchos años porquero del pueblo, le ayudaba á guardar los cerdos, y después que murió este de resultas de una borrachera, nos compadecimos todos de Rosalía, así se llama la chiquela, y la dejamos la guarda de las reses á pesar de su poca edad.

—¿Luego esos cerdos que he visto pertenecen á varios dueños? le pregunté.

—Qué ¿no lo sabiais? me contestó. Rosalía tiene el encargo de llevar á pacer las reses de todos los vecinos que quieran buenamente enviarlas.

—¿Y qué jornal gana por esa ocupacion?

—Fijo no tiene ninguno, mas por cada res que guarda, su dueño la da un cuarto todos los dias.

—De modo, que ahora que solo guarda doce cerdos, no tendrá mas que doce cuartos diarios.

—Justo; ¿y qué, os parece poco para una pordiosera que no ha tenido nunca casa ni hogar?

—Tampoco es demasiado... Por otra parte creo que esa infeliz niña está enferma.

—Dicen que está hética, y así es de presumir por el color de su cara; pero de todos modos siempre lo pasa mejor que andando de ceca en meca, y mal que bien, tiene un pedazo de pan que llevar á la boca. Además, cada día se va aumentando el número de reses que estan á su cuidado, y á principios de verano suele reunir veinte ó treinta, con que váyase lo uno por lo otro.

En esta conversacion llegamos al pueblo, y entramos en nuestras respectivas casas, y ya en la mía no pude menos de pensar mucho tiempo en la pobre porquera, indignándome en cierto modo de las palabras de mi vecino, eco fiel de las de todos los demás, que revelaban esa caridad limitada, mas bien indiferencia egoísta del hombre que ve sufrir á su semejante sin procurar aliviar la fatalidad de su suerte.

Mientras estuve mirando á Rosalía sorprendido por su delicada belleza, hubo momentos en que creí que no siempre habia vivido en aquel estado; mas la breve historia que supe después, me hizo desechas las ideas novelescas que respecto á ella comenzaban á asaltarme. Sin embargo, no por esto disminuyó el compasivo interés que me inspiraba, y muchas veces recordando su poética belleza, me complacia en rodearla de todos los atractivos de una vida elegante, colocaba una sencilla guirnalda sobre aquella cabeza rafaélica, ceñía su gentil talle con blanca muselina, cubría sus diminutos piés con seda, y los calzaba de raso; y engalanada de este modo, la colocaba al nivel de las bellezas mas distinguidas y admiradas.

Al día siguiente no sé por qué dirigí mi paseo hácia el sitio donde habia visto á la porquera, y no tardé en descubrirla á lo lejos lavando su pañuelo en un arroyo, en tanto que los animales que guardaba rumiaban las raíces de un repollar recién arrancado. Me acerqué á ella ideando un pretexto para dirigirla la palabra, y no hallé otro mas á propósito que el de preguntarle si habia alguna fuente en los alrededores para apagar la sed que en ninguna manera sentia. La jóven me miró con recelo recordando tal vez haberme visto la tarde anterior, mas luego señalando hácia mi derecha con su pequeña mano, me dijo con voz de indecible dulzura, aunque un poco ronca y acentuada:

—Tomad esa senda, y después que paseis aquel vallado, encontrareis un manantial.

En seguida prosiguió su tarea sin volver á mirarme, y conociendo yo que la incomodaba mi presencia, me alejé en la direccion que me habia indicado, fluctuando entre mil ideas opuestas, pues aunque lo que me dijo mi vecino y la miserable ocupacion de Rosalía no debian dejarme duda acerca del estado de abyeccion en que viviera, por otra parte su belleza, un no sé qué que en ella notaba, y hasta su voz y el modo de contestar á mi pregunta, me inclinaban á creer que no habia nacido en tan humilde esfera ni era aquel el oficio que convenia á su nacimiento y educacion.

Este novelesco interés que me empeñaba en hallar en Rosalía, la compasion y sobre todo la ociosidad de la vida de la aldea, que hace buscar distracciones aun en las cosas mas fútiles, me decidieron á

intentar todos los medios de relacionarme con la pobre niña, aun cuando no fuese mas que con objeto de aliviar su suerte desgraciada. En consecuencia pues busqué todas las ocasiones de encontrarme con ella, y aun varias veces la hice algunas preguntas insignificantes, á las que satisfizo con la mayor finura y laconismo; pero aunque yo procuraba disimular mis intenciones, Rosalía sin duda conoció que mis encuentros con ella no eran casuales, y procuró evitarnos, no con la brusca rudeza que caracteriza á los aldeanos en presencia de una persona superior á ellos por su educacion, sino con un tacto esquisito que me admiró extraordinariamente en su corta edad, renovando mis sospechas respecto al pasado de la interesante porquera.

Trascurrieron algunos dias sin poder adelantar terreno en la confianza de Rosalía, pues cada vez me hablaba con mas reserva, hasta que un día me determiné á manifestarla las sospechas que acerca de ella habia concebido.

—Caballero, me contestó con un acento lleno de gracia y gravedad, permitid que me admire del interés que ha podido inspiraros una pobre muchacha como yo, abandonada y despreciada por todos. Sin embargo, quiero creer en vuestras palabras, pues al presente no es tanta mi presuncion que suscite en mí ideas que en otro tiempo nada hubieran tenido de extraordinarias. En cuanto á mi vida pasada, inútil seria ocultaros que ha sido algo distinta de la presente, y solo me resta suplicaros que no comuniquéis á persona alguna ni vuestras observaciones respecto á mí, ni lo que acabo de deciros.

Yo la prometí no abusar de su confianza, é iba á rogarla me la concediese mas amplia; pero viendo á unos pastores que se acercaban con su ganado á la misma pradera donde estaba el de Rosalía, me aparté de esta para no dar fundamento á los comentarios que pudieran formar á costa de la pobre niña, la cual conociendo el motivo que me hacia obrar de este modo, me dió las gracias con una mirada espresiva.

De día en día fué creciendo nuestra mutua confianza; sin embargo, aun notaba en Rosalía cierta especie de reserva, cuya causa supe posteriormente, hasta que por fin conociendo la amable niña la rectitud de mis intenciones, agradecida á la delicadeza con que la trataba, y deseando satisfacer la curiosidad que en varias ocasiones le habia manifestado, me contó su historia, un dia en que por ser festivo estaba solitario el soto donde nos hallábamos.

II.

Ante todas cosas, me dijo, debo advertir que aunque pocos, tengo algunos años mas de los que dicen represento, y tambien que aun cuando os parezcan un tanto novelescos los sucesos que voy á referiros, no por eso dudeis de su verdad, y asimismo mireis con un poco de indulgencia los estravíos que me han reducido á este miserable estado.

Mi padre es el hacendado mas rico de un pueblo de Navarra, situado en la falda de los Pirineos occidentales, y mi madre murió al darme la vida, dejando á aquel sumido en el mayor desconsuelo. Con esto y con deciros que yo era hija única, os haré conocer cuán dichosos han sido los dias de mi infancia, dias cuyo recuerdo solamente me alegra y entristece á un mismo tiempo. Mi padre no amaba en la tierra mas que dos cosas, esto es, á su hija y á su ejecutoria, porque mi padre es noble, muy noble, repuso Rosalía alzando la cabeza, con un ademán lleno de gracia y altivez, y á haberse presentado ocasion acaso me hubiera dicho como aquel amante á su querida: *No mires al sol, porque no puedo ponerle á tus piés.*

Gozando de este cariño idólatra y de la hermosura de mi delicioso país, llegué á los trece años sin que el mas ligero pesar hubiese empañado la tranquilidad de mi niñez. Oh! prosiguió la porquera humedecidos de lágrimas sus ojos, dejadme florecer las suaves alegrías que he perdido para siempre, las esperanzas juveniles que encantaron mi infancia, aquella vida arrullada por el cariño paternal, sueño inocente tan puro como la atmósfera que me rodeaba... Hermoso jardín de mi casa, fresco arroyuelo que le riega, en cuyas aguas me he mirado tantas veces, frondoso manzano bajo cuya sombra mi padre me prodigaba sus caricias; ¡ay! antes que me abandone vuestro recuerdo se acabará la mísera existencia que me resta... Perdonadme estas divagaciones, continuó Rosalía limpiándose las lágrimas que sulcaban sus enflaquecidas mejillas; la memoria de los breves dias tranquilos de que he gozado, me asalta continuamente, y el contraste que ofrece con mi estado actual, pone á prueba mi resignacion.

Llegué á los trece años, y no podré deciros la misteriosa trasformacion que entonces experimenté, pues ahora mismo, después de haber adquirido la esperiencia que dan los disgustos y los desengaños, no acierto á explicármela sino achacándola á la admirable precocidad de mi corazon. En esta edad en que aun gozamos con los juegos de la infancia, en la que todavia volvemos los ojos hácia la cuna, yo presentí otros goces, otras sensaciones, otros placeres distintos de los que hasta entonces bastaron á mi dicha; comprendí los dones que debia á la suerte; supe apreciar la riqueza, el nacimiento, la hermosura... ¡ah!

funesta hermosura! ella ha sido la causa de mi infelicidad. Salía al campo, y como antes, me miraba en todos los manantiales que hallaba en mi camino, mas no con la infantil curiosidad de otras veces, sino para ver si mis ojos eran tan negros y tan gentil mi talle como me decían. Cogía flores, no para aspirar sus perfumes como anteriormente, sino para colocar las azucenas sobre mis mejillas, las rosas junto á mis labios, realizando así las hiperbólicas comparaciones de mi padre y de mi nodriza. En la alta noche, medio dormida en mi lecho, despertaba de repente sintiendo palpar mi corazón al sonido de las guitarras, corría á mi reja para oír las canciones con que los mozos del pueblo enamoraban á sus queridas, y en resolución todo cambió en mi pecho, aun cuando esteriormente nada se alteró en derredor.

La lectura de algunas novelas que habían pertenecido á mi madre, aumentó los incomprensibles deseos que me agitaban, y tan niña todavía, ya mi imaginación exaltada me hacía delirar con los ardientes goces del amor.

A este tiempo mi padre cayó postrado con un ataque cerebral que le puso á las puertas de la muerte, y entre las muchas personas que se esmeraron en prodigarle sus cuidados, se distinguió muy particularmente una vecina nuestra, viuda, hermosa, de buena familia, pero de escasa fortuna, la cual supo captarse el aprecio del enfermo con las atenciones mas afectuosas y la mas asidua asistencia, en tal manera, que restablecido mi padre no halló medio mas oportuno de demostrarle su agradecimiento y el amor que ella con su atractiva coquetería supo inspirarle, que el de ofrecerla su mano y su corazón.

¿Habeis visto alguna vez una turba de alegres aldeanas que en medio de una pradera se entregan á los placeres del baile sin reparar en las nubes que se ciernen sobre ellas, y luego al estallar estas de súbito suspenden las ligeras danzas y huyen despavoridas al ruido de los truenos y al resplandor de los relámpagos? pues solo esta repentina transición del gozo al espanto, de la tranquilidad á la inquietud, podría explicar la súbita mudanza que se obró en mi vida apenas se unió mi padre á aquella muger artificiosa, no precisamente á causa de esta, sino á consecuencia del cariño delicado y de la omnimoda libertad á que yo estaba acostumbrada.

Dominado mi padre por su esposa y sometido en cierto modo á ella, bien así como todos los hombres de edad que se enlazan á mugeres jóvenes y bellas, que á estos atractivos unen un genio imperioso y el talento suficiente para ocultarle bajo apariencias de sumisión, no fué ya el ciego adorador de mis caprichos, y aun me robó las dulces caricias tan necesarias á mi alma delicada y expansiva. En cuanto á mi madrastra, además de su poco afecto hacia mí, carecía tambien de ese tacto de amabilidad que da solamente la bondad de corazón, y me hizo sufrir mil contrariedades, mil tormentos domésticos, insoportables á mi orgullo de niña mimada. Desde entonces huyeron los colores de mi rostro, y de mi pecho la alegría; á mi natural hilaridad sucedió el silencio y el aislamiento, y á la franqueza de mi carácter el disimulo y en cierto modo la hipocresía.

Herida en mi cariño y con las preferencias de mi padre hacia su esposa, llevé el exceso de mi orgullo hasta el extremo de despreciar las escasas atenciones que á aquel le merecía. Me hice brusca, irascible, indiferente, y siendo mi corazón un raudal de ternura y de sentimiento, aparecía á los ojos de todos como un modelo de frialdad, egoismo y dureza de corazón... ¡Oh caballero, prosiguió Rosalia con exaltación, vos no sabeis acaso cuán desgarrador, cuán insufrible es vivir aislado, despreciado tal vez, aborrecido por los mismos de quien tenéis derecho á esperar cariño y protección! No sabeis cuán inconmensurable es el dolor que se apodera de la pobre criatura á quien el mundo oprime con su injusto fallo, y que tiene que ocultar sus deseos, sus afecciones, sus esperanzas, porque el mundo no las comprende ó las interpreta á su antojo... Perdonadme otra vez, repuso Rosalia ya mas serena, ahora no puedo dominar mi imaginación, como antes no he podido sobreponerme á mis recuerdos.

En esta inquietud de la infancia, que presiente la juventud, entre esa tiranía doméstica, tanto mas insufrible cuanto es mas irremediable, pasaron aun otros dos años, durante los cuales es indecible lo que padecí, hasta que un pequeño acontecimiento vino á aliviar en cierto modo mi desgracia y á proporcionarme todavía algunos dias serenos, aunque no tantos como los primeros de mi vida. Un sobrino de mi madrastra, joven poseedor de un corto mayorazgo, á quien aquella quería entrañablemente, volvió á nuestro pueblo después de una larga emigración en Francia, donde se había refugiado á consecuencia de los últimos reveses de D. Carlos, bajo cuyas banderas había militado, y apenas me vió, concibió por mí un amor ciego, protegido por su tia, y al cual mi padre me ordenó correspondiese, so pena de su eterno desagrado. Yo lo hice así al menos en apariencia, no por temor á esta amenaza, sino porque en alguna manera halagaba mis deseos y mi necesidad de afección, y además proporcionaba muchos triunfos á mi vanidad, pues Anselmo, así se llamaba aquel joven, era buen mozo, envidiado de sus compañeros, y segun decían, mirado con buenos ojos

por muchas jóvenes del lugar. Empero debo advertir para que no me culpeis tanto de veleidad, que si bien le amé con el cariño que infunden el trato y el agradecimiento, no experimentaba á su lado las sensaciones delicadas, ardientes, intimas, con las que deliraba tantas veces, y ni un solo instante sentí la deliciosa embriaguez de felicidad y los inefables placeres que he conocido posteriormente á tanta costa. Creo escusado deciros que desde este tiempo mi madrastra me trató con mas consideraciones; mi padre á su ejemplo me prodigó de nuevo parte de sus caricias, y en cuanto á Anselmo, la mia era su voluntad, de modo que solo esperaban á que trascurriese un año para unírnos, y yo por mi parte deseaba tambien que llegase el término de este plazo, lisonjeándome que con la mudanza de estado se desvaneceria la misteriosa inquietud que me agitaba, tal vez entonces mas que anteriormente, pues descansando mi imaginación de los cuidados que antes la causaban mis sufrimientos domésticos, pudo correr con entera libertad en pos del mundo ideal y de las abrasadoras ilusiones que la combatían.

III.

En este estado las cosas, llegó el día 1.º de marzo, y con él la fiesta que en mi pueblo se celebra en honor del Santo Angel de la Guarda, y entre los muchos bailes que con este motivo hubo aquella noche, yo asistí, en compañía de mi madrastra y de Anselmo, á uno que dió el administrador del marqués de A..., título que posee cuantiosos bienes en el pueblo, entre ellos un hermoso palacio donde tuvo lugar esta función.

Las primeras horas pasaron sin particularidad alguna, y por mi parte entregada á la mayor alegría, sin sentir la influencia que aquella noche iba á ejercer en mi suerte, cuando he aqui que aparece en la sala un joven forastero, vestido con sencilla elegancia, á quien el administrador acompañaba con marcadas señales de deferencia, y al cual luego que supieron quién era se apresuraron á saludar el alcalde y algunos individuos de ayuntamiento que allí se encontraban. Poco después ya se sabia en toda la sala que el hermano y único heredero del señor marqués, como comunmente se decía, acababa de llegar de Francia y se detendría en el pueblo una temporada, y este suceso tan insignificante puso en conmoción un momento á aquella reunion de aldea.

Viendo yo tantas señales de respeto y cuánto se ocupaban todos del recién llegado, afecté una especie de desdeñosa indiferencia, que tal vez notada por él hizo fijase en mí la atención, que acaso de otro modo no le hubiera merecido; así es que al mismo tiempo que reparé en la afabilidad con que trataba á cuantos se le acercaban, la cual desvaneció mi prevención, advertí tambien que me miraba algunas veces, aunque con el mayor disimulo. Momentos después de su venida se animó el baile nuevamente, y D. Enrique, así llamaban al forastero, bailó con varias señoras, notables solo por su fealdad ó por sus años mil; mas no puedo espresaros la especie de emoción que esperimenté cuando le vi acercarse á mí y suplicarme le concediese el honor de ser su pareja en la próxima contradanza, petición á la que accedí bajando los ojos y fingiendo no reparar en la espresiva mirada que Anselmo me dirigió.

Bailé pues con él, y desde entonces no me quedó duda de que yo no le era de todo punto indiferente; pero espía por mi madrastra y su sobrino, oculté mis impresiones lo mejor que me fué posible, y Enrique, así le llamaré desde ahora, comprendiendo acaso mi posición, obró con tacto tan esquisito en lo restante de la noche, hablando con todos y sacando á bailar á otras jóvenes amigas mías, que además de captarse el aprecio general, supo manifestarme la preferencia que le debía y disipar enteramente los recelos de Anselmo y de mi madrastra. El baile pues terminó sin ningun suceso particular, esceptuando una circunstancia muy insignificante, pero que fué, permitidme esta frase, el primer eslabon de la cadena de mis infortunios.

En una ocasión vi á Enrique junto á mi futuro esposo, y esta vez fué la primera en que admirando la noble fisonomía del primero, su airoso talle, la pequeñez de sus manos y piés, y la gracia y distinción de sus menores movimientos, advertí la vulgaridad de las facciones del segundo y todos sus defectos mas notables, á causa del elegante caballero que me sirvió de término de comparación.

Creo escusado deciros que vuelta á mi casa no dormí lo poco que restaba de la noche con la tranquilidad acostumbrada, y al dia siguiente, al abrir mi ventana para regar los tientos que en ella tenía, juzgad de mi sorpresa cuando vi á Enrique asomar al principio de la calle... ¡Oh! continuó Rosalia exhalando un suspiro, pareceme que aun le veo con su escopeta al hombro y seguido de algunos perros que correteaban en derredor de él. Vestía un sencillo traje de caza, y con su sombrero de castor, de anchas alas, bajo el cual asomaba su sedosa melena castaña y su bigote negro, se parecía á uno de sus nobles antepasados en el acto de recibir las llaves de una ciudad sitiada, tal como yo le habia admirado muchas veces en un cuadro que mi padre

tiene en gran estima. Al llegar Enrique frente á mi ventana me retiré de esta con un movimiento impremeditado, no sin notar antes el saludo que me dirigió y la fina sonrisa que asomaba á sus labios, y cuando estuvo á cierta distancia volví á asomarme y le miré de reojo, fingiendo ocuparme solamente del cuidado de mis flores.

Trascurrieron cinco ó seis días sin novedad alguna, á no ser los paseos que Enrique daba por mi calle, hasta que una tarde, al tomar mi almohadilla para hacer labor, me quedé sorprendida viendo dentro de ella un perfumado billete, sellado con un escudo de armas. Posteriormente supe que aquel había logrado ganar á fuerza de dádivas á la muger del mayoral de mi casa, la cual puso allí aquella carta y

otras que recibí después... pero veo que molesto vuestra atención con tantos pormenores, así, pues, me concretaré á deciros que en todas las que lei de Enrique me pintaba con tanta elocuencia, respeto y pasión, la que decia haberle yo inspirado, que al cabo venció mi incertidumbre, y consentí en hablarle una noche desde mi reja, lo cual verifiqué, como tambien otras muchas, hallándole cada vez mas apasionado. En una de nuestras veladas le declaré mis compromisos con Anselmo, significándole mi deseo de que pidiese mi mano á mi padre. Yo soy noble y rica, le dije, soy hermosa como tú repites sin cesar, ¿qué obstáculo puede oponerse á nuestro amor?

(Continuad.)



LOS MONTAÑESES DE ARAGON.

A pesar del imperioso dominio é influencia que la voluble y caprichosa moda ejerce desde allende la nacion vecina, transmitiendonos sus rarezas y difundiendo profusamente por nuestra patria, parece imposible que hallándose limitrofos con aquella los montañeses del alto Aragon, habitando los vários valles que se hallan á la falda del fragoso Pirineo, no se hayan alterado ni sus trajes ni sus costumbres, á través del tiempo y de sus inmensas vicisitudes: así al menos sucedia no hace muchos años, época en que se tenia mas inclinación hácia todo lo que era verdaderamente español, que á las importaciones extranjeras. Desgraciadamente para los que se precian de amantes de las singularidades y objetos de su país, ven con sentimiento que la mayor parte de los habitantes de dicha montaña, arrastrados por el tumultuoso torrente innovador del siglo XIX, van estinguendo poco á poco unas y otras, quedando tal vez en breve tiempo no mas que la memoria de sus trajes en las páginas de nuestro SEMANARIO. Antes pues de que los veamos perdidos para siempre, queremos tener la satisfaccion de que queden aquí consignados, reproduciendo el dibujo de sus grotescas vestimentas, que por cierto, como verán nuestros lectores en la lámina que va al frente, no son de las mas esbeltas ni airozas.

La montaña del alto Aragon, célebre en otro tiempo por las memorables batallas habidas entre cristianos y sarracenos, por las infinitas escaramuzas que con estos tenian los indomables y aguerridos almogábares, por la famosa institucion de los fueros de Sobrarbe, y suntuoso monasterio de San Juan de la Peña, do yacen enterrados en modesto panteon los antiguos reyes conquistadores de este reino, es país mísero en lo general, pues si bien es cierto que en muchos de sus mejores pueblos hay casas de mas que medianas fortunas, estas son las menos, por lo que no es de extrañar que sus habitantes, especialmente los de los valles de Hecho y Ansó, se dediquen á la introduccion

del contrabando con grave riesgo de sus personas y guiados tal vez por un insignificante salario en proporcion á las incomodidades y peligros que arrostran.

Las mugeres, por lo comun, de aspecto varonil y ánimo esforzado, se entregan á las faenas agricolas arando por sus propias manos las mezquinas tierras, ocupándose además en otras labores anejas á su sexo y condicion: conócense estas en Aragon con el nombre de *chesas*.

El traje que usan los hombres se reduce á una almilla de bayeta encarnada, faja morada á la cintura, calzon corto de paño pardo y albarca de cuero, cubriendo la cabeza un ancho sombrero de rodela. El de las mugeres es rarísimo y desagradable á la vista; comienza por tener el talle escesivamente alto, ó casi mas bien puede decirse que carecen de él; consiste el vestido en una ancha saya de tosco sayal verde de lana, hilado por ellas mismas, un diminuto corsé negro, que cuando mas es de paño, llevando los brazos cubiertos en todo tiempo tan solo con la manga de una grosera camisa, y por cuello una alta y bien plegada gorguera: hasta el peinado en ellas es bien extraño por cierto; constitúyelo un cordón de estambre blanco, rodeado con el pelo y puesto circularmente en forma de corona; algunas suelen llevar un pañuelo en la cabeza, y por calzado unas alpargatas. Esto, por lo que respecta á las *chesas* de condicion humilde; señoras hay en los referidos valles, que haciendo alarde en llevar el traje que les legaran sus ascendientes, visten, aunque con tan poco gusto, de riquísimas telas, cuyos trajes no diferirán ó acaso serán tan costosos como los de las mas elegantes modas parisienses. Estos trajes, mas generalizados en lo antiguo, se han circunscrito mucho; y hoy dia solo los llevan en muy pocos pueblos, como Hecho, Ansó, Jassa, Verdun y algun otro. La casualidad me deparó no hace mucho tiempo la ocasion de ver en Luna una cuadrilla de estas *chesas* que habian bajado de la montaña á ocuparse en cierta preparacion que allí se da al lino,

y llaman *desfarachar*; operacion análoga á la que se practica con el cáñamo, y se conoce con el nombre de *grama*: la casualidad, repito, me hizo aprovechar esta coyuntura y trazar un bosquejo de sus trajes, para formar hoy esta desaliñada descripción que tengo el gusto de ofrecer á los lectores del SEMANARIO.

JULIO ALVAREZ Y ADÉ.

EL ESPEJO DE LA VERDAD,

cuento fantástico.

V.

LAS PASIONES.

Aquella noche, en un arrebatado amoroso, mordió Teodolinda al rey, que rabió al día siguiente.

VI.

PRINCIPIA LO MAS MALO.

¡Qué turbulento se puso el país! Dividióse en bandos, con opiniones iguales en el fondo, y solo en las formas diversas, como sucede siempre. Querían unos que abdicase el rey en su muger, que parecía mas fácil de manejar que una pelota, y querían otros que durante su rabia se formase una regencia presidida por la reina. Con tan plausible motivo dijo el gacetero en un artículo de fondo que las reinas regentes habían sido desde antaño una bendición del cielo para las naciones, — y que las regencias presididas por las reinas habían sido desde antaño una bendición del cielo para las naciones.

El pobre Anónimo entre tanto daba lástima. Corría por el palacio, como rabioso que efectivamente estaba, aunque sin morder á nadie, que era comido azaz, y en su padecimiento demostrábanse síntomas extraños. Como llegara á afrontar una vez siquiera con el espejo roto, quedaba clavado un minuto contemplándolo, hasta que le cogía tal íreñesi que se avanzaba al retrato para despedazarle. Cuenta la crónica de esto, — según decía mi abuela, que paró mi la desenterró, — que los cortesanos encargados de velar por su preciosa vida, apenas lograban á mil tirones arrancarle de aquel sitio.

Era que en el espejo de la verdad veía á su muger.

No somos doctores, ni aun siquiera bachilleres en medicina, gracias á Dios. Aunque no se nos da un ardite de la pobre humanidad, nos ha escocido sin embargo siempre el hacerle mal á traición. Por eso... por eso no somos doctores, ni aun siquiera bachilleres en medicina, gracias á Dios.

Aquí vendría de molde una descripción de los maridos rabiosos, y decir cómo se les pone la cabeza de soliviantada, y los dientes de largos, y los ojos de llameantes, y cómo, en fin, se convierten en perros aunque les falte el don del olfato, que ese se lo quitan sus mugeres. Un marido rabioso con olfato y con la lengua de fuera, sería mil veces mas temible que sino rabiara.

También si fuéramos médicos esplicariamos aquí cómo un animal que rabia, aunque sea un marido, nunca muerde al que le hizo rabiarse, y es porque esta rabia mordiscona la inventaron las mugeres. Pero digamos algo de Teodolinda, que ya es razon.

Teodolinda no rabió como Anónimo, aunque mas predispuesta estaba, por el consabido arte sobrenatural. La noche del lance, después del mordisco, se levantó de puntillas, mientras roncaba Anónimo olvidado de sus dolores, y con planta vacilante se encaminó á hacer al espejo una preguntilla suelta. Quería probar si roto y todo gozaba del prodigioso don de la palabra verdadera.

— ¿Se morirá mi marido pronto? le preguntó en voz muy baja.

El espejo se hizo el tonto.

— ¿Quedaré pronto viuda?

Nada.

— ¿Enviudaré si repito los mordiscos?

Idem, idem.

Teodolinda dijo para sí:

— Es prudente y recela que despierte Anónimo á su voz.

Y mudando de tono y subiéndolo al par la suya, le preguntó:

— ¿Es verdad que le quiero mas que á mi vida?

Calla que calla el espejo.

— Le rompí la lengua sin duda alguna, murmuró Teodolinda.

Y se puso á pensar en el prodigio un buen rato.

— ¡Cáspita! exclamó de repente; si mañana ve mi augusto marido estos pedazos de espejo, y se le antoja mandarlo componer, y le vuelva el habla, y él le pregunta algo de mí, y responde el espejo la verdad... nada, nada. Importa que la verdad desaparezca de palacio y del mundo.

Y diciendo y haciendo se puso á raspar el azogue de los pedazos de cristal con un alfiler de oro. Tanto era el regocijo de Teodolinda, que no oyó los misteriosos y débiles suspiros que á cada raspadura sonaban.

El azogue iba cayendo sobre una mesa de mármol: llegó á formarse una bolita como una avellana.

Tales hábitos de niña tenía la reina, que iba al mismo tiempo que raspaba contorneando la bolita con la mano izquierda, hasta que la puso semejante á un huevo.

De todos los pedazos de espejo habia desaparecido ya el azogue.

— Que Anónimo venga ahora á preguntarle la verdad, dijo al fin muy satisfecha.

De repente la bola de azogue dió un salto hasta sus narices.

Ahogó la reina un ¡ay! de susto, é iba á correr á la alcoba, cuando pensó que su marido podia despertarse y abrumentarse á preguntas sobre aquella fuga misteriosa de la cama. Apagó la luz temblando de miedo, y al ir á entrar en la alcoba de puntillas, sintió que una mano muy fría, muy seca y muy descarnada la asía fuertemente de sus dos manos. En la oscuridad brillaban dos ojillos verdes como el campo en abril.

VII.

ANTES DEL PARTO.

Al apoyarse la reina en la mesa de mármol, que estaba próxima, y al ver que habia desaparecido la bola de azogue, se convenció de que iba el diablo á jugarle alguna mala pasada, y dijo haciendo la cruz toda temblorosa:

— Sombra ó vision ¿qué me quieres?

— Oye — respondió una voz muy quedito. La reina creía soñar, pues era la voz del espejo.

Así exclamó:

— ¡Yo soy por mis pecados bruja!

— ¡Ave María Purísima! gritó la reina.

— Soy bruja, y bruja vieja, dos cosas verdaderamente intolerables. Merlin, que fué mi novio, por cierto achaque de celos y porque le dije cierta mentirilla, me hizo en los verdos de mis años vieja y fea, condenándome á vivir encerrada en un espejo, y á verme sin cesar las arrugas y el feo rostro, y lo que es mucho peor todavía... me condenó... me condenó... á decir la verdad á todo el que me la preguntase. Ya ves que fué castigo.

— Muy cruel, balbuceó la reina.

— Y habia de durar mi encantamiento hasta que una muger muy hermosa rompiera el espejo y le raspase el azogue.

— Pero ¿soy yo hermosa todavía? exclamó Teodolinda sin poderse reprimir.

— Donde hubo fuego cenizas quedan.

La reina ahogó un suspiro muy triste.

— También me puso por condicion Merlin, prosiguió la bruja, que habia de proteger á la que me salvara. ¡Ah! ¡picaron redomado, brujo y medio! ¡qué bien sabías dónde me apretaba el zapato! ¡proteger yo á una muger hermosa! ¡yo, que de buena gana en mis tiempos hubiera arañado á todas las mugeres que tenían algo bonito en el cuerpo ó en el rostro! ¡Alma de tigre! ¡brujo sin alma!

Y echó á llorar como una Magdalena.

No pudo menos Teodolinda de compadecer á la vieja, notando cómo se le parecía en el carácter.

— Pero ya no tiene remedio, prosiguió la bruja, y aquel bribon de mis ojos se saldrá con su tanto adelante. Voy pues á protegerte, hija mía, porque te veo en un trance muy apurado.

— ¡Ay! es verdad, exclamó Teodolinda.

— Estás embarazada, y de una niña como las perlas.

— ¿Con que es verdad?

— Como lo oyes.

— ¡Dios mío!

— A su lado parecerás, no su madre, que eso fuera gran fortuna para ti, sino una viejecilla asquerosa y aborrecible, á pesar de tu belleza. ¡Tanta es la suya!

— ¿Y qué haremos?

— Déjame á mí, que las brujas tenemos salida para todo.

— Pero no se me alcanza...

— ¡Simplecilla que eres!... A medio minuto de reflexion detenida, ¿no te atreverías tú á engañar al *sursum corda*?

— Yo... balbuceó la reina sonriendo.

— Si fueras franca confesarías que sí. Pero á lo que importa, que la noche vuelva y la luz del día no es para mí ni la quiero. ¿Cuánto calculas que para el parto te faltará?

— Cosa de un mes.

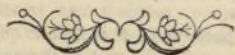
— Bueno. ¿Juras hacer al pié de la letra lo que voy á decirte?

— Si señora. Véame yo sin rival en el mundo, y salga el sol por Antequera.

—¿Que no se lo revelarás á nadie por supuesto?
 —Por supuesto.
 —Así como sientas los primeros dolores del parto, aunque haya gente en tu compañía, di en voz bien alta como quien no quiere la cosa: — ¡ay mi Merlin!
 —¿Y qué sucederá?
 —Yo te acudiré en seguida.
 —Pero...
 —No me repliques, que esto ha de ser.
 —¿Y si el rey?...
 —¡Pobre Anónimo! á esa fecha...
 —¿Qué le habrá sucedido?
 —¡Y tú lo preguntas! murmuró la vieja sonriendo maliciosamente. Demostraba Teodolinda una ansiedad indescriptible, y á veces secreto júbilo, y á veces temor... de que se le fallaran los pensamientos.
 —¿Se pondrá malo? dijo de repente.
 —¿Cegará?
 —Mucho mas que eso.
 —¿Se morirá?
 —Mucho mas que eso.
 —¡Oh!
 —¿Cómo le has acariciado esta noche? Sé conmigo franca: todo lo sé, con que es vana la ficción. El amargamente se querellaba, algo le harías tú.
 —¿Yo?... no recuerdo...
 —Vaya: ¿qué le hiciste?
 —Pero si yo...
 —¿Qué pudor ni qué brujería! ¡si la cosa fué á oscuras!
 —Es que fueron tantas...
 —Pero una sobre todas...
 —¿Y se la hice yo?
 —Sí.
 —Como no sea...
 —Ya vas teniendo memoria...
 —Como no sea... que le mordí.
 —Justamente.
 —En un hombro. ¡Estaba yo tan airada con el espejo!
 —¡Tan rabiosa!
 —Como V. quiera decirlo.
 —Y así fué. Estabas tan rabiosa que Anónimo rabiara mañana como un perro.
 —¿De veras? ¿para siempre?
 —Sí y nó.
 —Espíquese V. por Dios.
 —Por el diablo, debemos decir las mugeres.
 —Bueno. Espíquese V. por el diablo, exclamó la reina con ánsia.
 —Solo curará de la rabia, si una muger mas hermosa que tú le besa.
 —¡Oh! murmuró la reina con alegría.
 —Ya ves que el remedio...
 —No lo encontrará fácilmente.
 —A no ser...
 —¿Qué? exclamó Teodolinda asustada. ¿Habrá otra muger mas hermosa que yo que pueda besarle?
 —Tu hija.
 —¡Ay! tiene V. razon.
 —El diablo, nuestro señor, que es el que entiende en estas cosas de brujería, las arregla perfectamente. Ya no tienes otro arbitrio que deshacerte de tu hija.
 —¿Y á quién la culpa?
 La vieja se sonrió. En la oscuridad brillaron sus dientes como cabezas de fósforos de Cascante.
 —Tú eres inocente, pobre ángel, repuso meneando la cabeza á lo Juan de las Viñas.
 —¿Que por mi hija ha de sanar mi marido! ¡que por ella mi hermosura se ha de ver eclipsada! Eso no puede ser: nó debe ser.
 —No será, descuida. No te olvides de las palabras sacramentales: «¡ay mi Merlin!» Lo demás de mi cuenta corre.
 —¿Y puedo confiar?
 —¡Por mi honor de bruja!
 Esto dicho, desapareció sin saber por dónde, dejando llena la cámara de un olor de azúfre que parecia del infierno.

(Continuará.)

VICENTE BARRANTES.



EL DIABLO MUNDO.

POEMA

DE DON JOSE DE ESPRONCEDA.

CONTINUACION

Por Don Miguel de los Santos Alvarez.

¡Qué hermosa estaba entonces! La ventura
 Al blanco rostro daba sus colores,
 Y el fiel cristal de su mirada pura
 Turbaban solo languidez y amores!...
 ¡No habia igual á ella otra hermosura,
 Y aunque fuera á buscarse entre las flores,
 Ningun matiz mas fino se encontrara
 Que aquella luz divina de su cara!

¡Mas, ay! que es la hermosura fuego ardiente
 Que abrasa el corazon de los amantes,
 Trastorna sus sentidos y su mente,
 Los irrita con ánsias delirantes!
 ¡El misterioso cielo no consiente
 Que ángeles á los suyos semejantes,
 Hagán feliz al hombre, ni ellos vivan
 Felices con el culto que reciban!

¡De una triste muger en la belleza,
 Si es por su mal hermosa como un cielo,
 Va de un cruel veneno la aspereza
 Oculta de sus gracias entre el velo.
 Él engendra esa rabia, esa tristeza,
 Luchá de odio y amor, continuo anhelo
 Con que el hombre atormenta y martiriza
 A la que hermosa por demás le hechiza.

¡De ese de la hermosura alegre encanto,
 Que á todos enamora y los suspende,
 Ese cruel veneno y triste llanto,
 Hijo de esa alegría, se desprende!
 ¡Todo en torno es amor, mas ¡ay! que en tanto,
 El fuego de los zelos que se enciende
 Dentro del corazon, su turbia llama
 Con luz mortal sobre el amor derrama!

¡Los zelos!... ¡La rabiosa mordedura
 De la encendida en furia y torpe boca
 De un demonio maligno que murmura
 A los oídos de la mente loca,
 Sueños envenados, mentira impura,
 Con los babosos dientes busca y toca
 Del corazon la enamorada fibra,
 Y en ella el dardo de su lengua vibra!!!

¡Por el cielo nacieron las mas bellas
 De las pobres mugeres, destinadas
 Las primeras á ser victimas ellas,
 De sus divinas gracias tan preciadas!
 ¡Al dolor las condenan sus estrellas,
 Que en azarosos giros enredadas,
 De odio y de amor en sus cambiantes lucen,
 Y á la muerte ó al vicio las conducen!

Ellas á todo el mundo amor inspiran,
 Amor tierno do quier á ellas se ofrece,
 Amor oyen y ven, amor respiran;
 De sed de amor en fin su alma adolece:
 Las pobres se marean y deliran,
 Su sentido se ciega y enloquece,
 Y el que mas las amó, con mas martirios
 Castiga su hermosura y sus delirios!

¡Y adónde una muger, cuando es hermosa,
 Se esconderá, que la atencion no llame?
 ¡Adónde irá que la mirada ansiosa
 De mil amantes súbito no inflame?
 ¿Qué hará, sin que la cólera zelosa
 Arda en el corazon del que ella ame?

¡Ni cómo á tanta ofrenda de alma y vida,
No dar ni una mirada agradecida?

¡Suerte fatal!... ¡O víctimas de uno,
O de un ciento de amantes torpe juego,
Las mugeres hermosas, á ninguno
Le deberán jamás dicha y sosiego!...
¡Ni ellas harán feliz á amante alguno!...
Su hechizo ¡ay tristes! se cuajó en un fuego,
Que las deslumbra á ellas y acalora,
Y enciende al que las ama y le devora!

¡Pobre Lucía! ¡Quién mas inocente
Que tú, ni mas amante ni mas pura!
¡Tu limpio corazon fué limpia fuente
De tierno amor y celestial dulzura!

¡Cruzaban solo por tu blanca frente
Pensamientos de cándida ventura!
¡No se abrieron jamás tus labios bellos
Sin que una bendicion saliera de ellos!

¡Qué te valió tu amor, qué tu inocencia
Contra la mano airada del destino!...
¡No dulce amor. . . tristísima demencia,
De tu hermosura el esplendor divino
Inspiró á un corazon!... ¡Su amarga esencia
Desde entonces la muerte te previno,
De tu misma belleza destilada
Y al calor de los celos preparada!...

Pasó para mi hija un año entero
De ventura y de amor y de bonanza;



Sus días claros cual lo fué el primero
Que alumbró la verdad de su esperanza.
Su amor y el de Don Luis ¡juego hechicero!
Meciéndose en dulcísima balanza,
¡Cuán alegres entrambos corazones
Vivian de las mismas pulsaciones!

¡Ella, la pobre, que era dulce y tierna,
Lloraba de placer y agradecida;
De su pasión reconcentrada, interna,
Haciendo el solo objeto de su vidal...
¡El la juraba una pasión eterna,
Y á sus palabras la ternura unida,
En los hermosos ojos la besaba
Y su llanto con besos enjugaba!

¡Hija desventurada!... ¡Quién, impio,
Condena al corazon, á eterno duelo,
Que apasionado en dulce desvario
Se entrega á amor con ardoroso anhelo,

Y al corazon desamorado y frío
Presta su protección!... ¡Cuál, en el cielo,
Espíritu cruel, juega tirano
Con el amor del corazon humano!...

¡Quién trocó de repente con dureza,
El amor de Don Luis en tiranía,
Que no trocó en despego tu ternura
Y en resistencia indiferente y fría!...
¡Porque cuando uno á aborrecer empieza,
El otro amante en el amor confía,
Y ama cada vez mas!... Porque no mata
En su pecho al amor que le maltrata!...

Don Luis, zeloso ó loco, ó conducido
Por el demonio mismo, de repente,
Cuanto hasta allí cariño había sido,
Cambió en furor y en ansiedad demente:
Del dulce objeto de su amor querido,
Engendró un monstruo en su revuelta mente,

